

*Daniel Hernández Chambers*

# En los pliegues del aire



Una historia honesta y valiente  
sobre la inmigración

Esta historia tiene varios principios y quizá también varios finales.

Uno de esos principios sucedió muy lejos de aquí, en un punto de África que tardé en ser capaz de situar con exactitud en el mapa. Otro tiene que ver con un misterio garabateado con tinta azul en una hoja cuadriculada y arrancada de una libreta. Pero el mío particular, ese en el que, aun sin estar muy seguro de lo que hacía, yo empezaba a avanzar hacia este misterio y esta historia, tuvo lugar pocos minutos después de las seis de la mañana de un viernes del mes de mayo, cuando a través del ventanal de mi salón vi aparecer en la calle el coche de Rómulo Alcántara.

Las únicas luces eran las de los faros del Ford Focus y la de una farola próxima. Por lo demás, aquella parte del barrio estaba sumida en la oscuridad previa al amanecer, una oscuridad que tenía algo de siniestra, como aquella otra que nos aguardaba al final del viaje que estábamos a punto de iniciar.

Mi mujer y los niños continuaban dormidos, así que salí intentando hacer el menor ruido po-

sible al cerrar la puerta y bajé los cuatro tramos de escaleras hasta el portal. Rómulo me esperaba trasteando con el equipo de música.

–Buenos días.

–Grrr.

Rómulo y yo nos conocemos desde hace unos tres años, casi cuatro, cuando él entró a formar parte de la plantilla del periódico como reportero gráfico. A las pocas semanas le encargaron realizar las fotografías que acompañarían un reportaje de investigación que yo había realizado, y a partir de ese momento siempre le pedí a mi jefe que fuese él el autor de las imágenes que ilustrasen mis artículos. Me gustó su forma de trabajar, su creatividad, su visión y, en especial, su capacidad de comprender lo que yo buscaba con mis artículos sin necesidad de farragosas explicaciones por mi parte, algo que no había encontrado en ninguno de los otros dos reporteros gráficos del periódico. Nos llevamos bien. Quizá Rómulo Alcántara sea uno de los escasos amigos con los que puedo contar, no ya en mi oficio, sino también en mi vida privada.

–¿Te has levantado de mal humor?

–Ojalá –dijo–. El problema es que no me he levantado. Vamos, que ni me he acostado. En la cama, al menos. Me quedé frito en el sofá viendo

una película. Y lo peor es que ni siquiera era buena. –Continuó trasteando unos segundos más con el equipo, mientras yo me ajustaba el cinturón de seguridad–. ¿Prefieres música o a algún locutor parlotando?

–Tú conduces, tú decides. Pero, por favor, son las seis de la mañana, no me pongas todavía AC/DC.

Soltó un nuevo gruñido, consiguió que la voz armónica de una locutora sonase sin interferencias (hablaba sobre un conflicto internacional a causa de un buque petrolero averiado cerca de las costas de Noruega) y empezó a maniobrar para ponernos en camino.

MAR DE ARENA

Hay otros principios, al menos dos más. En uno de ellos, un chico llamado Nomu tomó la decisión de seguir los pasos de su hermano mayor y emprender el camino hacia la tierra prometida. En la despedida, su abuelo, que era capaz de ver cosas en los pliegues que la luz dibuja en el aire, le dijo que debía cuidarse del agua, porque la veía teñida de muerte.

Y en el otro, una niña de siete años llamada Laura hizo lo mismo que Nomu había hecho antes, siguió los pasos de alguien mayor que ella. Pero quizá este sea el principio del final. De uno de los finales.

Y, por supuesto, hay otro principio, pero este depende de ti. De si te decides a seguir leyendo.

Unos minutos después avanzábamos por la auto-  
vía, quemando asfalto y alejándonos del sol, que  
todavía no se había decidido a asomarse a nuestra  
espalda. El tráfico era muy escaso, los enormes  
camiones de transporte que parecen condenados a  
no llegar nunca a su destino y unos pocos turismos  
de algún madrugador o de algún trasnochador.

En la radio sonaba *Oats in the Water*, de Ben  
Howard.

*Go your way  
I'll take the long way 'round  
I'll find my own way down  
As I should  
And hold your gaze  
There's coke in the Midas touch  
A joke in the way that we rust  
And breathe again.  
And you'll find loss  
And you'll fear what you found  
When weather comes  
Tearing down.  
There'll be oats in the water  
There'll be birds on the ground*



‘Sigue tu camino,  
que yo tomaré el camino más largo.  
Encontraré mi propio camino  
tal y como debo hacer.

Y mantén tu mirada.  
Hay coque en lo que toca Midas,  
un chiste sobre cómo nos oxidamos  
y volvemos a respirar.

Y encontrarás la pérdida,  
y temerás lo que hayas encontrado  
cuando la tormenta  
estalle con fuerza.

Habrá avena en el agua.  
Habrá pájaros en el suelo’.

A medida que el mundo a nuestro alrededor iba bañándose en una luz violeta y los rayos ocres del sol jugaban primero a perseguirnos y luego nos adelantaban, el estado de ánimo de Rómulo fue también iluminándose y le entraron ganas de hablar:

–Sigo opinando lo mismo que te decía ayer.  
No lo veo claro.

Intenté sonreír, aunque lo hice sin mucha convicción.